

decadencia de las naciones, y la de la letras por consiguiente, es mucho ménos de temer ahora. Lo que el capítulo siguiente, en mi concepto, acabará de demostrar.

CAPITULO VIII.

De la invasion de los pueblos del Norte, del establecimiento de la religion cristiana, y de la restauracion de las letras.

Se cuentan en la historia mas de diez siglos, durante los cuales se cree bastante generalmente que el talento humano retrocedió. Seria una fuerte objecion contra el sistema de progresion en las luces, un tan largo trancurso de años, una tan considerable porcion de tiempos que nos son conocidos, durante los cuales la grande obra de la perfectibilidad pareceria que hubiese retroce-

dido; pero esta objecion que yo miraria como muy concluyente, si ella estuviera fundada, puede refutarse de un modo sencillo. No pienso que el género humano haya retrocedido durante esta época: por el contrario, creo que se diéron inmensos pasos en el curso de estos diez siglos, tanto para la propagacion de las luces como para el progreso de las facultades intelectivas.

Estudiando la historia, me parece que adquirimos la conviccion de que todos los sucesos principales se dirigen al mismo fin, la civilizacion universal. Vemos que, en cada siglo, entraron nuevos pueblos á participar de los beneficios del orden social, y que la guerra, á pesar de todos sus desastres, estendió á menudo el imperio de las luces. Los Romanos civilizáron el mundo que ellos habian sojuzgado. Era necesario que partiese desde luego la luz de un punto resplandeciente, de un pais de poca estension, como la Grecia; era necesario que, de allí á pocos siglos, una nacion helicosa reuniera bajo las mismas leyes una parte de la tierra part

civilizarla conquistándola. Haciendo desaparecer las naciones del Norte por algun tiempo las letras y artes que reinaban en el Mediodía, adquirieron sin embargo algunos de los conocimientos que los vencidos poseían; y los habitantes de mas de media Europa, ajenos hasta entónces de la sociedad civilizada, participaron de sus beneficios. Así el tiempo nos descubre un designio en una serie de sucesos que parecia que no era mas que el mero efecto del acaso; y vemos salir un pensamiento, siempre el mismo, del abismo de los hechos y siglos.

Fué sin duda la invasion de los bárbaros una calamidad para las naciones coetáneas de semejante revolucion; pero se propagaron con este acaecimiento mismo las luces. Mezclándose los afeminados moradores del Mediodía con los hombres del Norte, tomaron de ellos una especie de vigor, y les comunicaron una especie de flexibilidad que debia servir para completar sus facultades intelectuales. La guerra por unos simples intereses políticos, entre pueblos igualmente

cultos, es el azote mas funesto que las pasiones humanas hayan producido; pero la guerra, y la sobresaliente leccion de los sucesos pueden á veces hacer abrazar ciertas ideas por la rápida autoridad del poder.

Muchos escritores sentaron que la religion cristiana era la causa de la degradacion de las letras y filosofía; estoy convencida de que semejante religion, en la época de su establecimiento, era indispensablemente necesaria para la civilizacion y mezcla del espíritu del Norte con las costumbres del Mediodía. Creo ademas que las piadosas meditaciones del cristianismo, á cualquiera objeto que ellas se hayan aplicado, despejaron las facultades intelectuales para las ciencias, metafísica y moral.

Hay ciertas épocas históricas, en que el amor de la gloria, la virtud del sacrificio, todos los afectos enérgicos finalmente, parece que no existen ya. Cuando el infortunio es general en un pais, es universal el egoismo; una porcion de cualquiera especie de felicidad es un elemento necesario de la fuerza nacional;

y la adversidad no infunde valor á los individuos asaltados de ella, mas que en medio de una nacion bastante feliz para haber conservado la facultad de admirar y compadecer. Pero cuando todos se ven igualmente perseguidos de la desgracia, no sostiene ya la opinion pública á ninguno : quedan dias, pero la vida carece ya de fin. Pierde uno mismo toda emulacion; y los gustos del deleite son el único interes de una existencia sin gloria, sin honor ni moral : tal se nos pinta el estado de los hombres del Mediodia bajo los caudillos del Bajo Imperio.

Otra nacion, no ménos distante de las verdaderas máximas de la virtud, vino á conquistar esta envilecida nacion. La ferocidad guerrera, la ignorancia dominadora, presentaban al hombre atemorizado delitos opuestos á las bajezas del Mediodia, pero mas formidables en sus efectos aunque ménos corrompidos en su fuente. Para reparar á semejantes conquistadores, para reparar á semejantes vencidos, era necesario el entusiasmo, noble virtud del alma, estraviándola á veces, pero

pudiendo sola ella luchar con buen éxito contra el instinto habitual de sí, y la personalidad en aumento siempre. Era necesario aquel afecto, que nos hace hallar la felicidad en el sacrificio de nosotros mismos.

Por cierto no quiero templar la indignacion que infunden hoy dia los crímenes y locuras de la supersticion; pero estoy considerando cada grande época de la historia filosófica del pensamiento, con respecto al estado del ingenio humano en esta época misma; y la religion cristiana, cuando ella se fundó, era, en mi dictámen, necesaria para los progresos de la razon.

Los pueblos del Norte no daban valor ninguno á la vida. Esta disposicion los hacia animosos para sí mismos, pero crueles para los otros. Tenian imaginacion, melancolía, propension á la mística, pero un profundo menosprecio de las luces, como si ellas debilitaran el espíritu belicoso; y las mugeres eran mas instruidas que los hombres, á causa de que estaban mas desocupadas que ellos. Las amaban, les eran fieles, les tributaban un

culto; podian experimentar alguna sensibilidad en el amor. La fuerza, la lealtad guerrera, y la verdad, como atributos de la fuerza, eran las únicas ideas que ellos hubieran concebido sobre la virtud. Colocaban en el cielo las delicias de la venganza. Mostrando sus rostros llenos de cicatrices, y contando el número de los enemigos cuya sangre habian derramado ellos, creian cautivar la voluntad de las mugeres. Ofrecian víctimas humanas á sus damas, como á sus dioses. Su sombrío clima no presentaba mas que tempestades y tinieblas á su imaginacion; designaban la revolucion de los dias con el cálculo de las noches, y la de los años con los inviernos. Los gigantes del yelo presidian en sus proezas. El diluvio, en sus tradiciones, era la tierra inundada de sangre. Creian que desde lo alto del cielo, Odino los animaba para la matanza. El dogma de las penas y recompensas no tenia mas fin que fomentar ó castigar las acciones marciales. El hombre nacia para sacrificar al hombre. La vejez estaba menospreciada, el estudio envilecido, y la humanidad ignorada. No

tenian las facultades del alma entre estos hombres mas uso, que el de aumentar la fuerza física. Todas sus miras se dirigian hácia la guerra.

Estos son los elementos de que era preciso sin embargo hacer salir la moralidad de las acciones, la dulzura de los afectos, y el gusto de las letras.

El trabajo que habia que efectuar sobre las naciones del Mediodia, no era de una menor dificultad. El genio romano, aquel milagro del orgullo nacional y de las instituciones políticas, no existia ya; los habitantes de la Italia tenian repugnancia á cualquiera idea de gloria; no creian ya mas que en el deleite, daban culto á todas las deidades en cuyo honor se celebraban fiestas; se sujetaban al yugo de todos los dominadores, á quienes algunos soldados exaltaban ó destronaban á su voluntad; amenazados incesantemente de una proscripción arbitraria, despreciaban la muerte, no con el auxilio del valor, sino con el atolondramiento del vicio. No interrumpia la muerte proyectos ilustres, ni la progresion de pensamientos útiles; no rompía ella vínculos que-

ridos, ni arrancaba de profundos afectos; sino que únicamente impedía gozar en el siguiente día de la diversion que ya habia fatigado quizas en la víspera. La corrupcion universal habia borrado hasta la memoria de la virtud; el que hubiera querido traerla á la memoria, no hubiera conseguido mas que un asombro mezclado con censura. La naturaleza moral del hombre del Mediodia se perdía en los gozos del deleite, y la del hombre del Norte en el ejercicio de la fuerza. Si en el Mediodia se hallaba todavía alguna innata inclinacion á las letras, artes y filosofía era dirigida únicamente hácia las sutilezas metafísicas; el espíritu sofístico ponía en duda las verdades del racionio; y la indolencia, los afectos del corazon.

En medio de esta deplorable postracion, en que habian caído las naciones del Mediodia, les hizo la religion cristiana abrazar el imperio de la obligacion, la voluntad del sacrificio, y la certeza de la fe. Pero ¿no hubiera valido mas, se dirá, reducir á la virtud por medio de la filosofía? Era imposible en

aquella época influir sobre el espíritu humano sin el auxilio de las pasiones. La razon les hace resistencia y se sirven de ellas las religiones.

Todas las naciones de la tierra estaban sedientas de entusiasmo. Satisfaciendo Mahoma esta necesidad, engendró un fanatismo con la mas estraña facilidad. Aunque Mahoma fué un grande hombre, sus portentosos triunfos dependieron de las disposiciones morales de su tiempo; no estando destinada sin embargo su religion mas que á los pueblos del Mediodia, tuvo ella la única mira de realzar el espíritu militar, ofreciendo los placeres por premio de las proezas. Formó esta religion conquistadores; pero no llevaba en sí ninguna semilla de progreso intelectual. El general profeta no se habia ocupado mas que en la obediencia; y formó soldados únicamente. El dogma de la fatalidad, que hace invencible en la guerra, embrutecía durante la paz. El mahometismo fué estacionario en sus efectos; y detuvo el espíritu humano, despues de haberle hecho dar unos pasos. Teniendo la

religion cristiana un legislador cuyo primer fin era perfeccionar la moral, y debiendo reunir bajo las mismas banderas á naciones de costumbres opuestas, era mucho mas favorable para el aumento de las virtudes y facultades del alma.

Para apoderarse de tan diferentes genios los del Norte y los del Mediodia, era necesario combinar muchos móviles diversos.

La religion cristiana dominaba sobre los pueblos del Norte, apoderándose de su disposicion á la melancolia, de su propension á las imágenes tétricas, de su perenne y profunda ocupacion en la memoria y destino de los muertos. El paganismo no tenia nada en sus basas y principios que pudiera hacerle dueño de semejantes hombres. Los dogmas de la religion cristiana, y el exaltado espíritu de sus primeros secuaces, fomentaban y dirigian la tristeza apasionada de los habitantes de un clima nebuloso: algunas de sus virtudes, la verdad, la castidad, la fidelidad en las promesas, estaban sancionadas por la ley divina. La religion, sin alterar la natu-

raleza de su valor, consiguió darle otro objeto. El soportarlo todo para ilustrarse en la guerra, era una cosa conforme con sus costumbres. La religion les prescribia despreciar los dolores de la muerte en defensa de su fe, y en cumplimiento de sus obligaciones. La intrepidez destructiva se convirtió en inalterable resolucion; y la fuerza que no llevaba mas fin que la dominacion de la fuerza, fué dirigida por máximas morales. Los errores del fanatismo pervirtiéron estas máximas á menudo; pero unos hombres, indómitos en otros tiempos, reconocieron sin embargo una potestad superior á ellos, algunas obligaciones por leyes, y terrores religiosos por freno. El hombre débil pudo amenazar al fuerte; y se vislumbró desde aquella época la aurora de la igualdad.

Capaces de entusiasmo los pueblos del Mediodia, se dedicaron fácilmente á la vida contemplativa, que concordaba con su clima é inclinaciones; y fuéron los primeros en acoger con ardor los institutos monacales. Las maceraciones y austeridades se abrazá-

ron prontamente por una nacion, á la que la saciedad misma de los deleites echaba en la exageracion de las observancias religiosas. En estas ardientes cabezas, fácilmente crédulas, fácilmente fanáticas, brotaron cuantas supersticiones y delitos martirizaron la razon. Les fué ménos útil que á las naciones del Norte la religion, porque estaban mucho mas corrompidos, y que es mas fácil civilizar á un pueblo ignorante, que reparar de su degradacion á otro estragado. Pero la religion cristiana avivó sin embargo varios principios de vida moral en algunos hombres sin fin ni vínculos; no pudo restituirles una patria, pero dió vigor á muchos genios. Dirigió ella al cielo unas miradas manchadas con los vicios de la tierra. En medio de todas las locuras del martirio, quedó en algunas almas la fuerza de los sacrificios, la abnegacion del interes personal, y un poder de abstraccion y pensamiento, de que se vieron salir útiles resultados para el talento humano.

La religion cristiana fué el vínculo de los pueblos del Norte y del Mediodia; refundió,

por decirlo así, en una opinion comun opuestas costumbres; y reconciliando á unos enemigos, formó de ellos naciones en que los hombres enérgicos fortalecian el genio de los hombres ilustrados, y estos despejaban el entendimiento de los hombres enérgicos.

Hizose esta mezcla lentamente, sin duda. La eterna Providencia destina profusamente muchos siglos al cumplimiento de sus designios, de lo que se irrita y asombra nuestra pasagera existencia; pero por último los vencedores y vencidos acabaron no siendo mas que una misma nacion en los diversos países de la Europa, á lo que contribuyó la religion cristiana eficazmente.

Antes de analizar todavia algunos otros beneficios del cristianismo, séame lícito pararme aqui para hacer conocer una conformidad que me ha llamado la atencion entre esta época y la revolucion francesa.

Los nobles, ó los que dependian de esta primera clase, reunian en general todas las ventajas de una distinguida educacion; pero la prosperidad los habia afeminado, y per-

dian por grados las virtudes que podian escusar su preeminencia social. Los hombres de la clase del pueblo, por el contrario, no tenian todavia mas que una tosca civilizacion, y costumbres que las leyes refrenaban, pero que la licencia debia restituir á su natural ferocidad. Hiciéron, por decirlo así, una invasion en las clases superiores de la sociedad; y cuanto hemos sufrido, y cuanto condenamos en la revolucion, depende de la fatal necesidad que á menudo obligó á confiar la direccion de los negocios á estos conquistadores del órden civil: tienen por fin y por bandera una idea filosófica; pero su educacion está muchos siglos atras de la de los hombres á quienes vencieron. Los vencedores, en la guerra y en lo interior, tienen muchas propiedades de semejanza con los hombres del Norte, los vencidos mucha analogía con las luces y preocupaciones, los vicios y sociabilidad de los moradores del Mediodia. Es menester que la educacion de los vencedores se haga; es menester que las luces que estaban encerradas en un cortísimo número

de hombres, se extiendan mucho mas allá, ántes que los gobernantes de la Francia esten todos enteramente exentos de vulgaridad y barbarie. Se debe esperar que la civilizacion de nuestros hombres del Norte, que su mezcla con nuestros hombres del Mediodia, no exijirá diez á doce siglos. Caminarémos mas pronto que nuestros mayores, porque al frente de hombres sin educacion se hallan á veces espíritus notablemente ilustrados, porque el siglo en que vivimos, la invencion de la imprenta, y las luces de lo restante de la Europa, deben acelerar los progresos de la clase recientemente admitida á la direccion de los negocios politicos; pero no podemos prever todavia con qué medio se terminará la guerra de los antiguos poseedores y de los nuevos conquistadores.

¡ Dichosos nosotros si halláramos, como en la época de la invasion de los pueblos del Norte, un sistema filosófico, un entusiasmo virtuoso, una fuerte y justa legislacion, que fueran, como la religion cristiana lo fué, la

opinión en que los vencedores y vencidos pudieran reunirse!

Esta mezcla, esta reconciliación del Norte y Mediodía, que fué un tan grande alivio para el mundo, no es el único resultado útil de la religión cristiana. Se le atribuye generalmente la destrucción de la esclavitud. Es necesario añadir también á este acto de justicia dos beneficios, de cuya fuente ó acrecentamiento somos deudores á la misma, la felicidad doméstica y la simpatía de la sociedad.

Todo se resentía, entre los antiguos, aun en las relaciones de familia de la odiosa institución de la esclavitud. El derecho de vida y muerte á menudo acordado á la autoridad paternal, los comunes ejemplos del delito de la esposición de los niños, la potestad marital asemejada bajo muchos aspectos á la de los padres, y todas las leyes civiles últimamente tenían alguna conformidad con el código abominable que entregaba el hombre al hombre, y creaba entre los mortales dos clases, la una de las cuales no se creía con obliga-

ción ninguna relativa á la otra. Abrazada una vez esta basa, no se llegaba á la libertad mas que por graduaciones. Las mugeres durante toda su vida, los hijos durante su juventud, estaban sujetos á algunas condiciones de la esclavitud.

En las corrompidas edades del imperio romano, la mas desenfadada licencia habia arrancado de la servidumbre á las mugeres por medio del envilecimiento; pero el cristianismo les acordó la igualdad, á lo ménos en las relaciones morales y pias. Haciendo el cristianismo una sagrada institución del matrimonio, fortaleció el amor conyugal y cuantos afectos dimanaban de él. El dogma del infierno y paraíso anuncia las mismas penas, y promete las mismas recompensas á ambos sexos. El Evangelio, que prescribe virtudes privadas, una obscura suerte, una piadosa humildad, presentaba tanto á las mugeres como á los hombres los medios de conseguir la palma de la religión. La sensibilidad, imaginación, y debilidad infunden disposiciones para la devoción. Debían sobrepujar pues las

mugeres con frecuencia á los hombres, en aquella emulacion de cristianismo que se apoderó de la Europa durante los primitivos siglos de la historia moderna.

La religion y felicidad de la vida doméstica fijaron la vida errante de los pueblos del Norte; los cuales se establecieron en un país, y permanecieron en sociedad. Entónces comenzaron pues las mugeres á ir á medias en la asociacion humana, y entónces tambien se conoció realmente la felicidad doméstica. Mucho poder deprava la bondad, y vicia todos los gozos de la delicadeza; las virtudes y los afectos no pueden resistir por una parte al ejercicio de la autoridad, ni por otra al hábito del temor. La felicidad del hombre se acrecentó con toda la independenciam que el objeto de su afecto consiguió; pudo creerse amado; le escogió una criatura libre; y la misma prestó obediencia á sus deseos. Los cálculos intelectuales, las diferencias conocidas por el corazon, se multiplicaron con las ideas é impresiones de estas nuevas almas, que se ensayaban en la existencia moral, des-

pues de haber estado consumiéndose por mucho tiempo en la vida.

Las mugeres no compusieron obras realmente superiores; pero no por ello favorecieron ménos eminentemente los progresos de la literatura, con la multitud de pensamientos que las relaciones mantenidas con estos seres volubles y delicados les inspiraron á los hombres. Todas las conformidades se duplicaron, por decirlo así, desde que se consideraron los objetos bajo un aspecto enteramente nuevo. La confianza de un vínculo íntimo dió á conocer mas sobre la naturaleza moral, que cuantos tratados y sistemas que pintaban al hombre tal como él se muestra á sus semejantes, y no tal como es realmente.

La commiseracion del doliente debía existir, sin excepcion de tiempos, en lo interior del corazon; sin embargo una grande diferencia caracteriza la moral de los antiguos, y la distingue de la del cristianismo; la una está fundada en la fuerza, y la otra en la simpatía. El espíritu militar, que debe haber dirigido el origen de las sociedades, se

deja conocer todavía hasta en la filosofía estóica; y el poder sobre sí mismo se ejerce en ella, por decirlo así, con un vigor guerrero. La felicidad de los demás no es el objeto de la moral de los antiguos; y el hacerse independiente de ellos, es el principal fin de todos los consejos de los filósofos.

La religión cristiana exige también la abnegación de sí mismo; y aun la exageración monacal llega en esta virtud mucho más allá de la filosófica rigidez de los antiguos; pero el principio de este sacrificio en la religión cristiana, es el rendimiento á su Dios y á sus prójimos, y no, como entre los estóicos, la soberbia y dignidad de su propio genio. Estudiando el sentido del Evangelio, sin agregarle las falsas interpretaciones que se hicieron de él, vemos fácilmente que el espíritu general de este libro es la beneficencia relativa á los menesterosos. En él se mira el hombre como si debiera hacerle una profunda impresión la pena de su semejante.

Una moral simpática en un todo era singularmente propia para dar á conocer el corazón humano; y aunque la religión cristiana, al modo de todas las otras, prescribía domar las pasiones, estaba mucho más inmediata que el estoicismo á reconocer la dominación de ellas. Mas modestia, mas indulgencia en las máximas, y más abandono en las declaraciones daban más lugar á que se manifestara el genio del hombre; y la filosofía, que tiene por fin el estudio de los impulsos del alma, adquirió mucho por medio del cristianismo.

Le debe la literatura también mucho en cuantos efectos dimanaban del dominio de la melancolía. La religión de los pueblos del Norte les inspiraba en todo tiempo, es verdad, una disposición semejante bajo ciertos aspectos; pero los oradores franceses son deudores al cristianismo de las ideas vehementes y téticas que engrandecieron su elocuencia.

Se ha hecho á la religión cristiana el cargo de haber debilitado los genios: el Evan^g

gelio llevó la mira de luchar contra la ferocidad: pues bien, es imposible infundir á un mismo tiempo mucha humanidad para con sus semejantes, y la mas incompleta insensibilidad para sí mismo. Era menester dar al asesinato sus horribles visos; era menester horrorizar con la sangre y la muerte: la naturaleza no permite que la simpatía se ejerza toda entera por fuera de nosotros. El fanatismo, en diversas épocas, ahogó los afectos de dulzura que la religion cristiana infundia; pero debo examinar el espíritu general de esta religion; y en nuestros dias, podemos notar tambien, en los países en que se halla establecida la reforma, cuan saludable es sobre la moral el influjo del Evangelio.

Echan ménos los filósofos el paganismo, tolerante por su esencia, cuando le comparan con el fanatismo que la religion cristiana infundió. Aunque las pasiones vehementes arrastran á unos delitos que la indiferencia no hubiera causado nunca, hay circunstancias en la historia en que estas pasiones son

necesarias para restablecer los móviles de la sociedad. La razon, con la ayuda de los siglos, se apodera de algunos efectos de estos grandes impulsos; pero hay ciertas ideas que las pasiones hacen descubrir, y que hubieran quedado ignoradas sin ellas. Hay necesidad de violentas conmociones para dirigir el espíritu humano hácia unos objetos enteramente nuevos; los terremotos, los fuegos subterráneos muestran á la vista del hombre riquezas cuyo camino no se hubiera abierto suficientemente por el tiempo solo.

Creo ver una prueba mas de esta opinion, en el influjo que el estudio de la teología ejerció sobre los adelantamientos de la metafísica. Se ha considerado á menudo este estudio como el uso mas ocioso del pensamiento, como una de las principales causas de la barbarie de los primeros siglos de nuestra era. Es sin embargo una especie de esfuerzo intelectual, que dió un singular progreso á las facultades del ingenio. Si no juzgamos el resultado de semejante trabajo

mas que en sus relaciones con las artes de imaginacion, ninguna cosa puede dar una idea ménos favorable de él. La nobleza, elegancia, y gracia de las formas antiguas parecia que debian desaparecer para siempre en tiempo de los pedantescos errores de los escritores teológicos. Pero la especie de talento que nos hace propios para el estudio de las ciencias, se formaba con las controversias sobre los dogmas, aunque su objeto era tan pueril como absurdo.

La atencion y abstraccion son las verdaderas facultades del hombre meditador; y únicamente estas facultades pueden favorecer los progresos del talento humano. La imaginacion, los dones que se derivan de ella no reaniman mas que los recuerdos; pero únicamente con el método metafísico podemos llegar á ideas realmente nuevas. Los dogmas espirituales ejercitaban á los hombres en la concepcion de pensamientos abstractos; y la intensa aplicacion mental que el enlace de las sutiles consecuencias de la teología requería, habilitaba la cabeza

para el estudio de las ciencias exactas. ¿Como sucede, dirán, que el profundizar el error pueda servir nunca para el conocimiento de la verdad? Es que el arte del racionio, la fuerza de meditacion que permite comprender las relaciones mas metafísicas, y formarles un vínculo, un orden, un método, son un ejercicio útil á las facultades discursivas, cualquiera que sea el punto de que se parte y el fin que se quiere lograr.

Sin duda, si las facultades formadas en esta especie de tarea no se hubieran dirigido despues hácia otros objetos, no hubiera resultado de ello mas que desgracias para el género humano; pero cuando vemos, en la restauracion de las letras, que el pensamiento toma de repente un tan elevado vuelo, y que las ciencias hacen en breve tiempo asombrosos adelantamientos, nos inclinamos á creer que aun habiéndose extraviado el talento en sus sendas, adquiria fuerzas que aceleraron su paso en el camino de la razon y filosofía.

Algunos hombres pueden darse por gusto al estudio de las ideas abstractas; pero el mayor número no se dedicó á él mas que por un interes de partido. Los conocimientos políticos habian hecho sumos progresos en los primeros años de la revolucion francesa, á causa de que ellos favorecian la ambicion de muchos, y agitaban la vida de todos. Las cuestiones teológicas, en su tiempo, habian sido el objeto de un empeño tan vivo, de una tan profunda analisis, á causa de que las contiendas que ellas engendraban, se avivaban por el ansia de la autoridad y el temor de la persecucion. Si no se hubiera introducido el espíritu de faccion en la metafísica, si las pasiones ambiciosas no se hubieran interesado nunca en las controversias abstractas, los espíritus no se hubieran dedicado jamas harto vivamente á ellas, para adquirir, en esta especie dificultosa, todos los medios necesarios para las invenciones de los siglos siguientes.

La instruccion lleva este curso para la masa de los hombres. Cuando las opiniones

que uno profesa sobre una clase de ideas de cualquiera especie, llegan á ser la causa y las armas de los partidos, el odio, el furor y la envidia recorren todas las relaciones, se apoderan de todos los lados de los objetos en controversia, agitan cuantas cuestiones les son relativas: y luego que se retiran las pasiones, va la razon á coger, en medio del campo de batalla, algunas reliquias útiles al exámen de la verdad.

Toda institucion buena con respecto á un cierto peligro momentáneo, y no á la eterna razon, se vuelve un abuso insoportable, despues de haber corregido abusos mayores. La caballería era necesaria para templar la ferocidad militar con el culto de las mugeres y el espíritu religioso; pero la caballería, como una órden, como una secta, como cuanto separa á los hombres en vez de reunirlos, debió considerarse como un mal funesto, luego que ella hubo cesado de ser un remedio indispensable.

La jurisprudencia romana, que era muy acertado dar á conocer á unas naciones que

no conocian mas que el derecho de las armas, llegó á ser un estudio artificioso y pedantesco, y embebió á los mas de los sabios escapados de la teología.

El conocimiento de las lenguas antiguas, que atrajo de nuevo el verdadero gusto de la literatura, infundió por espacio de algun tiempo un ridículo furor de erudicion. Lo presente y lo venidero se anonadaron en cierto modo con el pueril exámen de todas las circunstancias de lo pasado. Diversos comentarios sobre las obras de los antiguos habian ocupado el puesto de las consideraciones filosóficas; parecia que debia haber siempre libros entre la naturaleza y el hombre. Era tanto el valor que se daba á la erudicion, que ella absorvia por entero el talento inventivo. Cuanto era relativo á los antiguos, lograba entónces un igual grado de empeño; y se hubiera dicho que importaba mucho mas saber que elegir.

Todos estos defectos sin embargo habian tenido su cierta utilidad; y echamos de ver, en la restauracion de las letras, que los siglos

llamados bárbaros sirviéron, como los otros, primeramente para la civilizacion de un mayor número de pueblos, y en segundo lugar para la perfeccion misma del talento humano.

Si no consideramos esta época del renacimiento de las letras mas que bajo el único aspecto de las obras de gusto é imaginacion, hallarémos sin duda que se malograron cerca de mil y seiscientos años, y que el ingenio humano, desde Virgilio hasta los autos sacramentales representados en el teatro de Paris, no hizo en la carrera de las artes mas que retroceder hácia la mas absurda barbarie; pero no sucede lo mismo con las obras de filosofia. Bacon, Maquiavelo, Montaigne, todos los tres casi coetáneos en diferentes paises, salen repentinamente de estos oscuros tiempos, y se muestran sin embargo muchos siglos por delante de los últimos escritores de la literatura antigua, y especialmente de los últimos filósofos antiguos.

Si el talento humano no hubiera ido caminando durante los siglos mismos en que con trabajo seguimos su historia; ¿se hubie-

ran visto en la moral, en la política y ciencias, unos hombres que, en la época misma de la restauracion de las letras, pasaron con mucho mas allá de los ingenios mas consumados entre los antiguos? Si hay una infinita distancia entre los últimos hombres célebres de la antigüedad y los primeros que entre los modernos, se ilustraron en la carrera de las ciencias y letras; si Bacon, Maquiavelo, Montaigne tienen ideas y conocimientos infinitamente superiores á las de Plinio, Marco Aurelio, etc. ¿no es evidente que la razon humana hizo progresos durante el intervalo que separa á estos grandes hombres? Porque no es menester olvidar la máxima que he sentado al principio de la presente obra: que el mas notable ingenio no es superior nunca á las luces de su siglo mas que en un corto número de grados.

La historia del talento humano, durante los tiempos que corrieron entre Plinio y Bacon, entre Epicteto y Montaigne, entre Plutarco y Maquiavelo, nos es poco conocida, porque los mas de los hombres y naciones

se confunden en un suceso único, la guerra. Pero las hazañas militares no conservan sino un débil interes mas allá de la época de su dominacion. No hay mas que un hecho para el hombre docto desde el principio del mundo, son los progresos de las luces y razon. Sin embargo, así como el sabio observa el oculto trabajo con que la naturaleza combina sus progresos, así tambien el moralista descubre la reunion de las causas que prepararon, por espacio de mil y cuatrocientos años, el actual estado de las ciencias y filosofia.

¡Qué fuerza no mostró repentinamente el ingenio humano en medio del siglo quince! cuantas importantes invenciones! qué nuevo rumbo se abrazó en pocos años! ¿Pueden no referirse á ninguna cosa anterior tan rápidos progresos, y tan asombrosos aciertos? ¿no se echó á un lado prontamente el mal gusto hasta en las artes? Los progresos del pensamiento hicieron hallar en breve tiempo los principios de la verdadera perfeccion en todas las especies, y la literatura no se perfeccionó tan pronto, sino porque el talento

se había ejercitado en tanto grado, que habiendo vuelto á entrar una vez en las sendas de la razon, debia caminar á largo paso por ellas.

Una causa principal de la ardiente emulacion que las letras promovieron en el momento de su restauracion, es el portentoso lustre que iba anejo entonces á la fama de buen escritor. Se confunde uno con los innumerables homenages que se tributaron á Petrarca, y con el inaudito empeño que se ponía en la publicacion de sus sonetos. Las gentes estaban cansadas de aquella absurda preocupacion militar que queria envilecer la literatura; y diéron en el opuesto extremo. Quizá tambien era necesario todo el fausto de estas recompensas de opinion, para dar estímulo á las arduas tareas que exigian, hace tres siglos, la perfeccion de las lenguas modernas, la regeneracion del espíritu filosófico, y la formacion de un método nuevo para la metafísica y ciencias exactas.

Detengámonos sin embargo en la época

que da principio á la nueva era, desde la cual pueden contarse, sin interrupcion, las mas asombrosas conquistas del ingenio del hombre; y comparando nuestras riquezas con las de los antiguos, tan léjos de dejarnos desanimar con la estéril admiracion de lo pasado, reanimémonos con el fecundo entusiasmo de la esperanza: unamos nuestros esfuerzos, y entreguemos nuestras velas al rápido viento que nos arrastra hácia lo venidero.

FIN DEL TOMO PRIMERO.